



Capítulo 499: En Algún Lugar Lejano...



... En algún lugar lejano, en las profundidades de una pesadilla interminable e ineludible, el disco cegador de un sol incandescente bañaba las dunas de un vasto desierto en un torrente de calor inmolante. Las arenas del desierto eran de un blanco impecable, y el cielo azul sobre ellas era profundo e ilimitado como un océano antiguo, sin una sola nube que manchara su sedosa extensión.

Golpeada por el calor, una figura solitaria se movió por la arena.

Era una mujer joven de llamativos ojos grises, la piel cubierta de terribles quemaduras, el pelo plateado sucio de sangre y rodeado de un halo radiante de luz reflejada. Llevaba los restos carbonizados de una armadura destrozada y empuñaba una espada rota, con la hoja plateada fracturada y terminando en un borde dentado cerca de la empuñadura.

La joven caminó hacia adelante, el rastro de sus huellas se extendía a lo lejos y desaparecía en el horizonte. A su izquierda, no había nada más que un mar interminable de dunas blancas; A su derecha, una línea de montañas negras finalmente creó un límite para el desierto abrasador.

A lo lejos, había un árbol con hojas escarlatas y un montón de algo que parecía una fruta pálida que colgaba de sus anchas ramas.

... Hacia allí se dirigía Nefis.

Tenía que llegar al árbol antes de que llegara la noche, o... No, era mejor no pensar en ello.

Hacía tiempo que se le había acabado el agua y la sed se apoderaba lentamente de su mente. Su cuerpo torturado era un mar de dolor, pero aún podía caminar. Todavía podía luchar.

Todavía no estaba dispuesta a rendirse.

... Después de un tiempo, el árbol se acercó.

Nephis se detuvo y miró su corteza blanca, sus hojas escarlatas y las formas que ella había creído que eran frutas. Pero no fue así. En su lugar, decenas de miles de calaveras colgaban de las hermosas ramas, sujetas a ellas con relucientes hilos de seda negra.

Un manantial de agua formaba un estanque claro a la sombra del gran árbol, y en su orilla, de espaldas a ella, había una figura vestida con una extraña armadura oxidada.





«Una... ¿Humano?»

No... La figura era demasiado alta para ser única en su especie.

Como si escuchara sus pensamientos, la criatura se dio la vuelta, revelando el rostro disecado de un cadáver, ojos huecos que emanaban un ominoso resplandor azul y seis manos, cada una agarrando la empuñadura de un arma. Dos manos sostenían espadas largas, sus hojas más afiladas que una navaja y ligeramente curvadas, dos manos sostenían hoces retorcidas amenazadoras, y las dos últimas sostenían un cetro pesado y un escudo roto.

La coraza de la armadura oxidada de la criatura estaba destrozada, revelando una herida desgarradora debajo.

Consumido por la sed y el agotamiento, Nephis levantó una mano, como rogándole a la criatura que se detuviera.

Pero, por supuesto, no fue así.

Con una furiosa locura ardiendo en sus ojos, la abominación se abalanzó sobre ella, golpeándola con una de las hoces. Se movió más rápido que un rayo, enviando una nube escarlata de hojas caídas que se arremolinaba en el aire con una fuerte ráfaga de viento.

Dando un paso atrás, Nephis levantó su espada rota para desviar el golpe devastador, como si olvidara que no tenía hoja.

En el último momento, sin embargo, un rayo de sol puro apareció donde debería haber estado la hoja e impidió que la hoz rasgara su carne.

Nephis se tambaleó por la fuerza del impacto, pero permaneció en pie. Sus labios agrietados se abrieron y un ronco susurro escapó de ellos:

"Vamos a quemar, entonces... ardamos juntos..."

En el momento siguiente, llamas blancas se encendieron en sus ojos.

Su piel de repente brilló con un resplandor puro, que luego se volvió más y más brillante ... Y luego, más brillante aún.

Tirando la hoz, esquivó dos espadas y bailó alrededor del gigante acorazado, su espada de sol perforó la armadura oxidada con una facilidad aterradora.

Los dos lucharon a la sombra del árbol antiguo, miles de calaveras mirando su batalla con ojos vacíos mientras se mecían con el viento.

Nephis era mucho más lenta y débil que el demonio de seis brazos, pero su habilidad era impecable, inexplicable y mortal. Se movía con el flujo de la batalla como si fuera su elemento natural, controlando su cadencia con indiferente facilidad.





Su carne se reparó segundos después de ser desgarrada, y las llamas que ardían en sus ojos solo se calentaron más.

Mortalmente pálida por el dolor desgarrador, su hermoso rostro se volvió cada vez más frío, volviéndose casi inhumano.

Su espada de luz solar, mientras tanto, dejó marcas fundidas en el cuerpo del antiguo demonio. Y aunque tales heridas nunca podrían dañarlo, después de un tiempo, la criatura de repente se tambaleó.

... Por supuesto que lo hizo. Al fin y al cabo, ese fue un Recuerdo dejado por el Sol Sin Nombre de la Costa Olvidada. Todo lo que tocaba estaba condenado a la destrucción de su alma.

Finalmente, Nephis logró encontrar una apertura y corrió hacia adelante, cortando hacia arriba con el Sol Sin Nombre. La espada de la luz solar cortó la armadura oxidada y cortó uno de los brazos del demonio, luego cayó y cortó otro.

Antes de que la criatura pudiera recuperarse, ya estaba sobre ella. Nephis esquivó un golpe demoledor del pesado cetro y coloca su mano sobre el rostro del demonio.

La criatura se congeló y luego abrió la boca, como para gritar.

... Sin embargo, todo lo que escapaba de él eran lenguas danzantes de llamas blancas.

A medida que el resplandor puro que envolvía la piel de Neph se oscurecía, era como si el demonio ardiera por dentro. Se abrieron fisuras en llamas en su cuerpo, goteando fuego prístino e irradiando un calor aniquilador. Su carne hirvió y se ennegreció, y finalmente, el brillo azul de sus ojos fue reemplazado por una luz blanca cegadora.

Y luego, esa luz se extinguió, dejando dos agujeros oscuros y carbonizados.

Nephis soltó el rostro de la criatura y observó cómo su cuerpo chamuscado caía al suelo.

Lo miró fijamente durante unos momentos y luego se dio la vuelta con indiferencia. Dando unos pasos hacia adelante, Nephis se tambaleó y cayó de rodillas.

Luego, metió la mano en la piscina con manos temblorosas, juntó las palmas y se llevó un puñado de agua fría y dulce a los labios.

Finalmente, su terrible sed pudo ser saciada.

